

Artículo especial

“Pablo González Hernández: El pediatra y el hombre”

A. GRANDE BENITO

Sr. Presidente de la Sociedad, queridos compañeros, amigos, señoras y señores: Bienvenidos todos a Salamanca.

Meses atrás me encargó el Dr. Félix Lorente Toledano, glosar la figura de un compañero, Pablo González Hernández, homenajeado hoy por nuestra Sociedad de Pediatría de Asturias, Cantabria, Castilla y León, tras más de 40 años de dedicación a la atención pediátrica. Ni la retórica ni la oratoria son mi fuerte (*..salmantica non presta*), por ese lado la elección no ha sido muy afortunada, pero procuraré corresponder al honor que supone presentar este homenaje y, desde la estima, recordar a esta audiencia, que tan bien le conoce y quiere, algunos aspectos de lo que su persona ha dejado para el recuerdo tras una dilatada actividad profesional y humana.

La primera imagen que tengo suya se retrotrae al 2 de marzo del año 1968. Yo era estudiante de Medicina. Esperábamos en el aula del viejo Hospital Provincial la clase de Pediatría de las 10 de la mañana, que con muy pocas excepciones, impartía diariamente el Profesor Casado de Frías, llegado a Salamanca a ocupar la Cátedra de Pediatría un año antes. Parasitosis intestinales en el niño fue el tema de la clase de esa mañana y el Dr. Pablo González el encargado de impartirla: su nombre así figura en el inicio de la página de los apuntes tomados directamente y que aún conservo. Posteriormente en 1969 al iniciar en octubre, mi formación pediátrica en la Escuela Profesional del Servicio de Pediatría de la Facultad de Medicina de Salamanca, en

la que él trabajaba como Profesor Titular interino, ya la relación comenzó a tener una cercanía profesional y humana que ha perdurado hasta la actualidad.

En esa época un grupo muy numeroso de pediatras salmantinos, entre los que estaban, Federico de los Ríos, Oscar Terceiro (ambos ya fallecidos), Vicente Madrigal, Vicente Santamartina, José Antonio Yáñez, Jesús Prieto Veiga, Eduardo Álvarez Aparicio, José Pereña y el propio Pablo González, todos ellos preparaban las oposiciones a plazas de Pediatras de la Seguridad Social.

Los que empezábamos a iniciarnos en los caminos de la pediatría veíamos con sorprendente admiración cómo, además de la actividad asistencial diaria, todos ellos, estudiaban hasta saber casi de memoria los 92 temas de que constaba el programa de aquellas duras oposiciones, temas que habían elaborado entre todos ellos y que luego heredamos generaciones posteriores. Además, veían diapositivas, repasaban conjuntamente casos clínicos del Servicio, comentaban radiografías... Pablo aprobó aquellas oposiciones, obteniendo el número tres de toda España, consiguiendo la plaza de Pediatra de Zona en Salamanca, plaza en la que ejerció hasta que en noviembre de 1970, al jerarquizarse las Instituciones Sanitarias del Seguro de Enfermedad, pasó a integrarse como Jefe de Sección, en el Servicio de Pediatría de la Residencia “Virgen de la Vega” de la Seguridad Social de Salamanca donde permaneció hasta la jubilación en septiembre del año 2000. Fue ahí, a partir del año 1977, tras

Correspondencia: Antonio Grande. C/ Cuesta del Sancti-Spiritus 6-8, 5º B. 37001 Salamanca.
Correo electrónico: antonio.grande@saludalia.com

un paréntesis de casi 7 años de mi actividad profesional en Mieres, Asturias, donde verdaderamente conocí a la persona y al profesional que paso a continuación a glosar.

Nació en el año 1935, en uno de los pueblos más bonitos de Salamanca: Mogarraz. Pueblo localizado en la Sierra de Salamanca, como casi todos ustedes conocen y conjunto histórico-artístico. Su infancia, sus primeros pasos, su primera escuela, sus primeros amigos van a estar vinculados al mundo rural, en esta preciosa zona salmantina de la Sierra de Francia.

Hijo de padre médico, desde muy pronto su vocación iba a marcarla la figura del padre, Don Pablo, al que acompañaba desde muy joven, en sus visitas a los enfermos, a pie o en caballo, de día o de noche, con frío o calor, pero siempre aprendiendo de la faceta humana que el quehacer médico tiene añadida a la labor puramente profesional. Ya vivió desde la adolescencia, las alegrías y los sinsabores de una profesión, que acompaña a los humanos en el inicio de la vida (multitud de partos atendidos en el propio domicilio de la parturienta) y en el final de la misma.

A los 10 años se traslada a Salamanca donde comienza sus estudios de Bachillerato en el Colegio de los Hermanos Maristas. Al finalizar el mismo, inicia, en 1952, los estudios de Licenciatura en la Facultad de Medicina de la Universidad de Salamanca con un plan de estudios, el de entonces, que para el primer curso de carrera, en las aulas de la antigua Facultad de Ciencias, situada en el Palacio de Anaya, incluía cuatro asignaturas durísimas: matemáticas, física, química y biología, impartidas por profesores tan eminentes como los Drs. Cuesta Dutari, Galán, Garmendia y Teresa.

Ya en las aulas de la vieja Facultad de Medicina, en 1956, consigue la plaza de alumno interno por oposición adscrito al Servicio de Clínicas. Hombre y profesional curtido en mil batallas y oposiciones (aprobó las de APD y en dos ocasiones las de Pediatra de la Seguridad Social) conserva un especialísimo recuerdo de este logro: ser alumno interno por oposición. El nombramiento lo firma D. Torcuato Fernández Miranda, a la sazón Director General de Enseñanza Universitaria, hombre fundamental posteriormente en la transición política española de los años 70. La remuneración anual era de dos mil pesetas.

De la época de sus estudios de licenciatura, recuerda especialmente entre sus profesores, al Profesor Sánchez Villa-

res, al profesor Querol y al profesor Balcells, aunque otros muchos dejaron una impronta imborrable en su formación como médico.

Con un brillante expediente, se licenció en Medicina y Cirugía, obteniendo el calificativo de sobresaliente en el examen de licenciatura realizado el 31 de octubre de 1959, año en el que su Real Madrid de Di Stéfano y compañía, conquistaba la 4ª Copa de Europa y la Unión Deportiva Salamanca, de Eloy, Barrado y Maxi (los tres médicos por cierto), ascendía al grupo norte de la Segunda División del fútbol español: todo un éxito.

Al terminar los estudios de licenciatura en 1959, se incorporó al Servicio de Pediatría en el viejo Hospital Provincial de Salamanca, Servicio, del que había sido los dos últimos años de carrera, alumno interno, como ya hemos referido. Dos años antes, había dejado la Cátedra de Pediatría el Dr. Arce, por problemas de salud, quedando encargado de la misma el Profesor Sánchez Villares, al lado del cual permaneció hasta que este obtuvo la Cátedra de Pediatría de Santiago de Compostela y luego Valladolid en 1964. De don Ernesto, al que consideró siempre su Maestro aprendió la rigurosidad, la constancia y el buen hacer profesional y mantuvo siempre con el y su familia una estrecha amistad. En el año 1967, el 11 de noviembre, leyó su tesis doctoral que había dirigido D. Ernesto sobre “Estudio de la actividad enzimática del suero en las hepatitis agudas infantiles”, obteniendo la calificación de sobresaliente *cum laudem*, convirtiéndose su trabajo en cita habitual en la bibliografía revisada por los autores que, en los años posteriores a su lectura, escribían sobre hepatitis en el niño.

De esos tiempos, es necesario recordar a muchos compañeros, insignes profesionales de la pediatría, que repartieron sus conocimientos pediátricos aquí iniciados, por toda la geografía española: Manuel Crespo, Manuel Martín Esteban, Pedro Cuadrado, Jesús Sánchez Martín, Manuel Hernández, Domingo García Pérez, Ana María Borrego, Héctor Escobar y muchos otros. Igualmente aunque no era pediatra, guarda un especial recuerdo, como seguramente hacen todos los antes citados, de Delfín Pérez Sandoval, amigo y colaborador de todos ellos desde su trabajo diario en el laboratorio, ayudando a todos en las tesis doctorales y transmitiendo siempre sabiduría y bondad. Con todos ellos, Pablo ha sabido mantener siempre una verdadera amistad más allá de la relación puramente profesional, aplicando la máxima

de *Gracián* de que, aunque el ideal del sabio es bastarse a sí mismo, los amigos son como una segunda naturaleza.

Tras la marcha del profesor Sánchez Villares, permaneció como profesor ayudante de Clases prácticas primero y Adjunto interino más tarde, en la Cátedra de Pediatría junto al Dr. López Bérges, Ricardo Escribano, Federico de los Ríos, y luego el Dr. Casado de Frías, siendo además profesor de la Escuela Profesional de Pediatría, desde su creación en 1964 hasta 1970.

Siempre se ha sentido íntimamente vinculado a la familia pediátrica de Asturias, Cantabria, Castilla y León. Vivió desde el inicio su constitución como Sociedad Científica, acudió a una de las primeras Sesiones Clínicas organizadas por la Sociedad: el 3 de junio de 1960 en Valladolid y durante más de 20 años fue representante en la Junta Directiva, circunstancia que muy pocos de los actuales miembros pueden referir. Se inició en los cargos de la Junta Directiva en el año 1969, como Contador, siendo entonces Presidente el Dr. Solís Cagigal. Posteriormente fue el responsable de la tesorería de la Sociedad, cargo que ocupó durante 12 años, siendo también Vocal por Salamanca durante 6 años y Vicepresidente por Castilla y León durante 5 años. De 1986 a 1993 ocupó, además el cargo de Tesorero de la Junta Directiva de la Asociación Española de Pediatría. De esta vinculación pueden dar fe muchos de los aquí presentes con los que ha compartido multitud de Reuniones Científicas, Congresos Nacionales de Pediatría y Reuniones de la Junta Directiva, que convirtieron el quehacer profesional pediátrico en una fraternal amistad.

Haría interminable este recorrido por la actividad pediátrica de Pablo, si tuviéramos que citar las múltiples publicaciones en Revistas, asistencia y presentación de comunicaciones a Congresos, así como conferencias impartidas sobre aspectos pediátricos. Sólo dos referencias puntuales en este apartado: uno, el que ya en el número 2 del entonces Boletín de la Sociedad castellana-astur-leonesa de Pediatría, publicaba en el año 1960, un año después de finalizar la carrera, un caso de "Encefalopatía mioclónica infantil con hipsarritmia" y el otro, 38 años más tarde, en que le cupo el honor y la responsabilidad de organizar por primera vez en Salamanca, en el año 1998, el XI Memorial Arce-Ernesto Sánchez Villares.

Como reflejo de sus ansias de superación, estímulo en el trabajo, y espejo para las nuevas generaciones de pedia-

tras, citaré algo que cuando me lo contó él mismo, hace muchos años, me dejó estupefacto. Varias veces al año, en los años 60, el sólo o a veces en compañía de Paco Urbina, en su "SEAT seiscientos", tras pasar su consulta privada en Salamanca, se marchaba a Madrid, por las carreteras que en aquellos años nos unían con la capital de España. El motivo era asistir a las sesiones clínicas que organizaba la Sociedad de Pediatría de Madrid y Región Centro. Tras ello vuelta a nuestra ciudad a la que llegaba de madrugada, para el día siguiente volver al trabajo. Ese admirable interés por actualizarse, se continuaba en el día a día con la lectura de revistas, libros y todo tipo de actualizaciones pediátricas con lo que hizo de él un extraordinario y sagaz clínico, al mismo tiempo que un docente cualificado como pudimos apreciar los que junto a él convivimos en su dilatada carrera profesional. El último número del *Journal of Pediatrics*, el *Marotau*, la endocrinología pediátrica de Job, el Royer de nefrología o las últimas monografías de artritis reumatoide o de cardiología pediátrica, estaban en su biblioteca personal e inmediatamente a nuestra disposición a la mínima insinuación por nuestra parte.

Si el fundamento del saber es la humildad como diría *Fray Luis*, nunca se apreció en su relación profesional con los que compartían su trabajo, atisbo alguno de autoritarismo, distanciamiento o frialdad en el trato, ni cuando ejerció como Jefe de Sección, ni cuando tras la jubilación de D. Ángel López Bérges en 1984, le correspondió asumir la responsabilidad de Jefe de Servicio (en funciones) del Servicio de Pediatría del Hospital Virgen de la Vega. De ello dan buena fe, por una parte los numerosos Residentes formados en dicho Servicio de Pediatría desde su creación, muchos de ellos hoy presentes también aquí, pero además todo el personal no médico, que trabajó durante esos más de 30 años a su lado.

Fueron precisamente los Médicos Residentes los que mejor pudieron apreciar su capacidad para saber valorar al niño enfermo y su sagacidad en establecer diagnósticos a veces complicados, desde la prudencia, sin ser resabido, todo, fruto de una sólida formación profesional y de una dedicación a la pediatría que continuó hasta el momento mismo de la jubilación. Años antes de esta, dedicó una importante parte de su quehacer profesional a la endocrinología pediátrica, aunque comprendiendo, que las especialidades pediátricas deben considerar al niño de una mane-

ra global, como un todo. De esta dedicación, dos cosas para el recuerdo: sus conocimientos y su aplicación práctica, como siempre, y el orquidómetro de Prader, que celosamente guardaba en el cajón de la mesa de su despacho.

Otra de sus cualidades, ya citada antes, fue el exquisito trato que en el trabajo tuvo con todo el personal no médico del Servicio. Celadores, personal de oficio, administrativos, etc., supieron de su amabilidad y atenciones, siempre que la profesión o cualquier otra circunstancia, les puso en contacto a ambos. Especial cariño supo acarrear de los profesionales de enfermería y auxiliares de clínica. Don Pablo, fue para ellas “su Jefe”, en el mejor sentido del término, lejos de las jerarquías institucionales que el devenir de los tiempos estableció en la Sanidad Pública. El trato fue siempre excepcionalmente fluido y desenfadado, aunque absolutamente respetuoso en ambas direcciones. Recordar cómo, tras la aparición de la solución de la OMS para la rehidratación oral y, antes de que se comercializaran preparados al efecto, la fórmula de ClNa 3,5 g, bicarbonato sódico 2,5 g, cloruro potásico 1,5 g y glucosa 20 g a diluir en un litro de agua, era familiarmente conocido en el Servicio como “**los polvos de Don Pablo**”, ya que él, que lo había leído en Crónicas de la OMS, lo incorporó con rapidez a las rutinas terapéuticas del Servicio.

Pero no todo en la personalidad del Pablo que he conocido, giraba en torno a los conocimientos profesionales médicos-pediátricos, que reitero eran muchos. Don *Miguel de Unamuno*, escribe en un artículo publicado en 1923 en *Nuevo Mundo*, que en una ocasión estando en Valladolid, le presentaron a un joven y ya afamado médico vallisoletano, diciéndole que **además** era poeta. ¿Además?, replicó él. Además no; no se es poeta además. Si se es poeta será además médico. *Delibes* dice de sí mismo que es un cazador que escribe, antes que un escritor al que le guste ir de caza. De Pablo, y aunque el se sienta sobre todo pediatra, podríamos decir siguiendo esta línea argumental, que es un humanista médico.

Todo lo ha leído. Desde Cervantes, Fray Luis, San Juan de la Cruz, Gracián, a Unamuno, Baroja, Martín Gaité, Ferlosio, Gerardo Diego, Cela, Gil de Biezma y... *Delibes*, siempre *Delibes* cuyos personajes, el Azarías, Daniel “el mochuelo”, el señor Cayo y su disputado voto, tantas veces recordamos en los apasionantes años que nos tocó compartir; años que si antes habían sido de “escasez, hambre, frío,

represión, falta de libertad, de sindicación estudiantil obligatoria y de dirigismo autoritario”, en palabras de D. *Ernesto Sánchez Villares* refiriéndose a los años cincuenta y sesenta, luego serían de ilusión, esperanza y deseo de llegar a la tan ansiada convivencia democracia que todavía hoy esperamos mejorar.

Además de la lectura, la música, la pintura y prácticamente todas las artes han ocupado su tiempo libre. Poseedor de una excepcional y ágil memoria y buen conversador, intentando contrastar el saber individual con los saberes de los otros, otra de las facetas que quiero recalcar especialmente de la personalidad de Pablo, conocida por todos los que le han tratado, es la de ser un excepcional conocedor de todos los rincones de Salamanca, la provincia y prácticamente de Castilla y León. Los lugares que visita no sólo los ve: los conoce, se embebe de su historia, su presente y su pasado, que luego amplía con calma para mejor disfrute suyo y de los demás a los que cuenta sus experiencias. Ubica perfectamente y al instante, todos los pueblos de la provincia, conociendo de muchos de ellos circunstancias históricas de lugares y personas, que los demás ni remotamente conocemos. Uno de sus rincones favoritos es el que a la vista se le ofrece desde el Espolón en Alba de Tormes, ciudad muy vinculada a uno de los personajes históricos que más admira, Santa Teresa de Jesús (el otro es Wiston Churchill).

Otra de sus aficiones con la que buscaba conjugar la intoxicación del día a día y la relación con la naturaleza, fue la caza. Esa naturaleza de espacios abiertos, casi esteparios, de charrería salpicada de encinas, robles, escobas y rastrojos, era testigo, los fines de semana de agradables encuentros con sus otros amigos, para junto a ellos además de buscar la pieza de caza que abatir (no fue un muy hábil cazador, como el mismo reconoce) disfrutar de lo que la caza tiene de expansión del cuerpo y el espíritu. De vuelta a casa, cansado el cuerpo pero bien despierta la mente, vuelta empezar.

Y en casa, Piluca, esposa, madre, consejera, secretaria, enfermera en la consulta privada, “pediatra consorte” (afortunada denominación por algunos utilizada). Ella ha representado los sueños y los anhelos de toda una vida y lo mejor de ella. La otra mitad de sí mismo; su “costumbre” como don Miguel llamaba a su Concha, ya que, según él cita, la costumbre es la esencia del cariño. Escribe *Fray Luis* en “La

perfecta casada” que El amor que hay entre dos, mujer y marido, es el más estrecho, porque: lo principia la naturaleza, lo acrecienta la gracia, lo enciende la costumbre y lo enlazan estrechísimamente otras muchas obligaciones. Todo le supo dar Piluca a Pablo; el lo devolvía generosamente con su cariño y fidelidad. Y de ahí sus hijos, Ignacio, Pablo y Arturo, que creciendo a su lado han completado una vida familiar llena de alegrías.

Diversas circunstancias acaecidas en los últimos seis años han dejado un sabor agrídulce en su vida. En primer lugar, sufre en sus carnes la muerte de su hermano Julio, al que tanto quería, en plenitud de vida, prácticamente con el fonendoscopio en la oreja, mientras trabajaba en el quirófano del Hospital de la Paz.

En segundo lugar él mismo padece una enfermedad que le limita físicamente recién producida su jubilación. Esta, su jubilación decide realizarla en octubre del año 2000. Había llegado el final de una faceta de la vida, la profesional, en la que tanto ha brillado y de la que hemos recordado algunas pinceladas aquí esta mañana.

Tras su marcha del Hospital, vivimos en el Servicio de Pediatría del Hospital Virgen de la Vega, al que Pablo seguía acudiendo en bastantes ocasiones, en escasos seis meses, la muerte, tras rápida enfermedad, de Oscar Terceiro, al que quiero dedicar un especial recuerdo esta mañana, y la grave enfermedad que hizo que otro integrante del Servicio, Manuel Martín, tuviera que jubilarse anticipadamente. Los tres, casualidades de la vida, constituían el grupo de trabajo de “los de la derecha” del Servicio, que no era su filiación política, sino el grupo de camas que les correspondía atender, ubicadas a la derecha según se entraba en el pasillo de la planta de Hospitalización pediátrica.

Los seis restantes miembros del Servicio: Vicente Santamartina, Emilio Nava, Manuel Sánchez, M^a Antonia García Blanco, Luisa Carballo y yo mismo, sobrecogidos por tal cúmulo de incidencias a la que aún se añadió la enfermedad de una de las enfermeras más carismáticas del Servicio, Pilar Carreira, vivimos, durante los dos años siguientes, el proceso de unificación de la pediatría de nuestra ciudad, que finalmente se produjo, junto a los compañeros del Hospital Clínico, en los espacios existentes en dicho Hospital, a primero de enero de 2003.

El objetivo era atractivo pues suponía aprovechar un material humano integrado por profesionales muy cualifi-

cados, tanto médicos como de enfermería, y encauzarlo a una asistencia pediátrica acorde con los tiempos modernos. Él mismo, Pablo, había defendido la conveniencia de la Unificación, en un detallado estudio. En él, convenía que no se trataba de perder espacios dedicados a la atención del niño que acude al Hospital, sino manejarlos racionalmente, dejando un alto porcentaje de camas individuales y, dado que la edad pediátrica se terminará ampliando a los 16-18 años, y la inmigración aumentará en los años venideros la población infantil de nuestra zona, tener prevista estas contingencias y apostar por: una mínima reducción en el número total de esos denominados espacios para la asistencia, unas Urgencias Pediátricas independientes y amplias, la creación de un Hospital de Día, y una UVI pediátrica de referencia regional. Sólo esto último se pudo lograr. En espera de que lleguen tiempos mejores, se han reducido más del 40% los espacios y el número de camas de hospitalización y, las urgencias pediátricas, están encajonadas en medio de las urgencias generales, casi siempre abarrotadas, con una única sala de exploración, pequeña y mal ubicada, para atender a veces más de 100 urgencias pediátricas en 24 horas. De nuestras autoridades sanitarias y responsables de este proceso, se podría decir utilizando el dicho popular, que hace suyo *Sánchez Ferlosio* en una reciente entrevista, que “saben hacer punto pero lo que no saben es hacer jerseys”.

Si en estos últimos párrafos he subrayado el lado agrio de los últimos seis años de vida, también ha habido una parte dulce en ese período. En él ha conocido el éxito profesional de sus hijos con lo que ello produce de satisfacción y sensación del deber cumplido. Con inusitada emoción, recordamos aún la mañana en que nos comunicó, con lágrimas en los ojos, que su hijo mayor, había decidido seguir la vocación religiosa, tras finalizar brillantemente su carrera de Derecho.

Ya vamos tocando al final. La retórica de los buenos amigos consiste, más en lo que hablan dentro de sí, que de lo que por la lengua publican decía Gracián. Hoy nos ha tocado esto último. Tus compañeros y amigos de la Sociedad de Pediatría, han querido que el hablar hacia dentro, de paso a difundir, voz en alto, en esta histórica aula, la parte de tu vida dedicada a la atención de esos seres encantadores que son los niños, a los que alguien ha llamado, “los padres del hombre”. Y has pasado por ella, dejando amigos, formando profesionales y haciéndote querer por todos.

Amigo Pablo, desde la sincera gratitud y el imborrable recuerdo de los momentos de nuestras vidas compartidos, quiero, además de sentirme muy honrado con haber podido hacer un recorrido por algunas facetas de tu dilatada e intensa vida, agradecerte todas las enseñanzas que a tu lado he aprendido.

La vida sigue. Sabe, que aunque a veces sus avatares nos tengan a cada uno en su sitio, a veces lejos unos de los otros, nuestro recuerdo, el de todos los miembros de la Sociedad

de Pediatría que te hemos conocido y tratado, estará siempre a tu lado.

Con el, con nuestro recuerdo, el recuerdo de todos tus amigos y la presencia de tu familia, queremos ayudarte “**a sentir la fortaleza de la soledad**”, como decía a comienzos del pasado siglo el tan citado esta mañana aquí don *Miguel de Unamuno*.

Muchas gracias.